

ciones históricas, por ser una de las bases en las que se apoyaron numerosas tradiciones posteriores, empezando por el tan difundido «tubalismo». La importancia de estas falsificaciones fue tal que don Julio tuvo que dividir en dos partes el estudio de las mismas: la primera titulada «El falso Beroso» y la segunda «Derivaciones y consecuencias», respectivamente dedicadas a Annio de Viterbo y a la amplificación del fraude por sus secuaces.

Desde el punto de vista metodológico, el caso de Annio de Viterbo es muy revelador de los métodos de investigación de don Julio. Se interesa por *el hombre y sus motivaciones*, relacionando su empresa con la exaltación de la política de los Reyes Católicos, no tanto por razones personales (adulación), según opinaba Gallardo, sino por motivos políticos e ideológicos, teniendo en cuenta que lo que sobresale de la labor del falsario es la idea de una monarquía primitiva de España, propia para legitimar la ambiciosa política de los reyes y sus aspiraciones unitarias. Tampoco deja don Julio de señalar *las fuentes* de Annio de Viterbo. Insiste en que la mayoría de sus materiales proceden de Eusebio de Cesarea, pero nos muestra también cómo el falsario supo barajar datos tomados de San Jerónimo o de San Isidoro, con otros entresacados de historiadores españoles (como Rodrigo Jiménez de Rada o la *Primera Crónica General*) para acreditar la tesis de una monarquía española primitiva. Queda bien claro, para don Julio, que el eje de la falsificación consistió antes que nada en aprovechar una vieja tradición, probablemente tardía en el mundo hebraico, para entroncar la genealogía de los reyes de España con las genealogías bíblicas, haciéndola remontar al propio Tubal o Thubal, hijo de Japhet⁴. Pero además de reconstruir dicha genealogía, don Julio se detiene en aclarar *los métodos* utilizados por el falsario para autenticar sus embustes. Muestra cómo éste procuró que los nombres de los reyes se relacionaran con topónimos peninsulares (ríos, montes o ciudades) o con mitos y leyendas vinculados con la tradición hispánica, y observa que en alguna parte de la obra la reducción de los nombres antiguos a los modernos se hace a veces con exactitud (p. 67). Y eso que tampoco se contenta con desvelar y explicar los métodos utilizados por el falsario sino que llega a identificar los probables modelos en los que pudo inspirarse. Según él, Annio de Viterbo tomó de los historiadores antiguos, especialmente de los griegos, el método que consiste en «heroificar» y «personalizar» la historia de los orígenes, conforme a la tradición del género histórico de las «fundaciones» (véase *La palabra griega*, p. 69) y a la doctrina evemerista⁵. Así es cómo consigue, en unas pocas páginas, dibujar el perfil humano e ideológico del falsario, precisar los motivos que le impelieron a realizar el fraude, localizar sus fuentes de documentación, describir sus métodos de trabajo e identificar los modelos de composición que le sirvieron para forjar sus embustes.

⁴ Don Julio no deja de enfatizar la importancia del dato que tanto va a influir en la historiografía posterior de España: dedica todo un apartado de su tercera parte a la reconstrucción de dicha genealogía (pp. 63-65). Es sorprendente, sin embargo, que no mencione los trabajos de María Rosa Lida de Malkiel sobre el tubalismo: «Tubal, primer poblador de España», *Abaco*, n.º 3, 1970, pp. 9-48.

⁵ «Es decir, que Beroso-Annio sigue la tesis de algunos filósofos e historiadores de la Antigüedad según los cuales los dioses fueron, en realidad, hombres importantes que en épocas remotas habían sido deificados tras su muerte» (p. 68).

En la parte que viene a continuación, se rastrean las huellas de la falsificación en la historiografía de los siglos XVI y XVII. Entre los autores mencionados, se dedica especial atención a Florián de Ocampo (1495?-1558), que escribe en tiempos del emperador Carlos V, y se caracteriza según don Julio por «una mezcla rara de sagacidad, escepticismo y credulidad» (p. 89), si bien lo considera como un personaje equívoco que «a veces parece que escribe a sabiendas de que lo que dice no es cierto»⁶. Vienen a continuación unos cuantos autores de mayor o menor cuantía, entre los que sobresalen Marineo Sículo (1460-1533), con su *De rebus Hispaniae memorabilibus...*, Pedro de Medina, con su *Libro de grandezas y cosas memorables de España...* (1548), Esteban de Garibay y Zamaolla (1525-1590), con *Los XL libros d'el Compendio historial...* (1571) y algunos más que pagaron su tributo al «tubalismo» de Annio de Viterbo o incurrieron incluso en nuevas falsificaciones. Es el caso del pseudo Pedro de Alcocer, autor ficticio de una *Historia o descripción de la Imperial ciudad de Toledo...* (1554), probablemente escrita, en opinión de don Julio, por el impresor Pedro Ferrer (p. 93), a quien a su vez sigue Francisco de Pisa, autor de otra *Descripción de la Imperial ciudad de Toledo...* (1605).

Entre los de la nueva generación de crédulos o embaucadores, que siguieron «creyendo» en la autoridad del falso Beroso hasta bien entrado el siglo XVII, don Julio destaca la figura de Antonio de Lupián Zapata o Lupián de Zapata, clérigo de Ibiza (fallecido en 1667), que inventó un llamado *Cronicón de Hauberto*, en el que se confirma y a veces se corrige lo que venía establecido por Beroso. Por supuesto, es también objeto de especial atención el monje benedictino fray Gregorio de Argais, o Argais, que publicó un prolífico mamotreto titulado *Población eclesiástica de España...* (1667) y una no menos discutible *Corona real de España...* (1668), en la que llega al extremo de hacer remontar a Adán y Eva los reyes primeros de España. Ocupa un lugar aparte, entre los más conocidos, don Joseph Pellicer Salas Ossau y Tovar (1602-1679), señalado como autor de un sorprendente *Cronicón de San Servando*, en el que no faltan, en palabras de don Julio, ideas peregrinas (p. 104-105), amén de que publicó un libro de don Lorenzo de Padilla, cronista de Carlos V, titulado *El libro primero de las Antigüedades de España...* (1667), en el que se incurre en los mismos errores. Es curioso, al respecto, dicho sea de paso, que don Julio no haya mencionado las posiciones lingüísticas de Pellicer expuestas en su *Población y lengua primitiva de España* (Valencia, 1672), ya que éstas, como las de Esteban de Garibay, derivan precisamente del «tubalismo» promovido por Annio de Viterbo y sus seguidores⁷.

Se nota cierto cambio de tono en esta nueva parte del ensayo, en la que el autor adopta una postura un tanto más irónica respecto de los falsarios

⁶ Don Julio lamenta al parecer la falta de documentación acerca de Florián de Ocampo y estima que sería necesario ahondar las investigaciones sobre su persona (p. 84).

⁷ Según dicha teoría, a la que alude don Julio a principios de esta segunda parte (p. 83) la lengua española sería una de las setenta y dos procedentes de la confusión de Babel y habría sido traída a España por Tubal. Don Julio se contenta aquí con citar el tratado del canónigo Bernardo José Aldrete, *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España* (Roma, 1606), en el que se refuta dicha teoría, pero menciona a Pellicer entre los que contribuyeron a promoverla. En cambio, advierte que Garibay no deja de aprovechar el dato para afirmar que Tubal pobló primero la tierra vasca y que sus gentes hablaban vasco (p. 94). Es muy esclarecedor, sobre el tema, el artículo de Emilio Alarcos, «Una teoría acerca del origen del castellano», BRAE, 1934, XXI, pp. 209-228.

y de los crédulos que se tragaron sus patrañas. Bien es cierto que le rinde homenaje a Ocampo, del que nos dice que «no era un novelero cualquiera» y que «escribía bien», e incluso que algunas de sus referencias «serían de por sí interesantes» (p. 87). Pero unos pocos renglones más abajo, escribe a propósito del mismo: «La zarabanda de los nombres mitológicos es tremenda» (*ibid.*). Del mismo modo, se divierte con los disparates de fray Alonso de Maldonado y de un grupo de letrados que, ya durante el reinado de Carlos II, se apasionaban por la historia más remota de la humanidad, y enfatiza los extremos a que pueden llegar las tendencias etnógenas y la obsesión cronológica:

Por ejemplo, desde que Dios dice «Fiat Lux» hasta el momento en que nace Felipe IV, a 8 de abril de 1605, una hora antes de medianoche, el Viernes Santo y en Valladolid, transcurren 5.559 años; que son 290.084 semanas y seis días, 2.030.590 días y 48.734.160 horas, justas y cabaes (p. 98-99).

En cuanto al padre Argai, a quien un compañero de la orden llamaba «segundo Noé», se le ocurre a don Julio, en vista de lo prolífico que era el benedictino que, «con todo respeto a su laboriosidad», igual podía llamársele «segundo diluvio» (p. 99).

En plan más serio, lo que sobresale es más bien la importancia concedida a los detractores del falso Beroso. Ya se nota que andando los tiempos, las exigencias críticas en materia de historiografía se hacen cada vez mayores y si bien se registran cantidad de seguidores, como el belga Juan Vaseo (p. 92), el valenciano Pero Antón Beuter (p. 92), o el segoviano Diego de Colmenares (p. 96), no faltan voces para denunciar la impostura. Ello no significa sin embargo que los detractores censuren todas las aseveraciones del falsario. Hay incluso quien le niega toda validez a Beroso, sin dejar de aferrarse a la idea de que Tubal fue el primer poblador de España. Uno de ellos es el propio Juan de Mariana, en su *Historia de España*, de quien don Julio hace una crítica muy matizada (p. 95-96). Es de señalar, por fin, entre los detractores más radicales, a Jerónimo de Zurita, que incurre en «hipercriticismo», en el sentido de que llega a rechazar datos que ya podían considerarse como ciertos (p. 96).

Con la tercera parte, que viene dedicada a los plomos del Sacromonte y a las falsificaciones de Flores y de Medina Conde, don Julio aborda uno de los capítulos más fascinantes y misteriosos de la historia de España a la par que se asoma a un tipo de investigación más personal en la medida en que van aumentando considerablemente las fuentes de primera mano que va manejando. Desde luego, tampoco faltan trabajos eruditos de los que se puede sacar buen acopio de datos, empezando por el primero y uno de los mejores que se hayan escrito sobre el tema: la *Historia crítica de los falsos cronicos* (Madrid, 1868) de José Godoy Alcántara⁸. Pero si don

⁸ Existe una edición facsimil hecha por la editorial «Tres catorce diecisiete» (Madrid, 1981).